

PERFIL PSICOLOGICO

Antonio Millán-Puelles

Pocos hombres he conocido tan «concretos» —o sea, tan densamente complicados y a la vez, sin embargo, definidos— como Florentino Pérez-Embid. Lo que de él ya empieza en mí a ser recuerdo tiene tal abundancia y claridad que no logro creer que pueda algún día evocarle como algo vago y lejano. Claro que el tiempo, inevitablemente, irá desdibujando muchas cosas. Ello no obstante, hay una que siempre quedará intacta en mi «idea» de este hombre: la imposibilidad de reducirlo a módulos generales o comunes.

Cierto que todos los hombres son concretos. Sin embargo, también debe reconocerse que hay algunos que parecen desmentirlo en los demás. Y aunque soy andaluz y propenso, por tanto, a la exageración, el fundamento *in re* que en este caso me ampara sirve al menos para justificar honradamente las inevitables lagunas de este diseño mío de Florentino.

En efecto, los hombres que se dejan diseñar, los realmente esquematizables, son los que llaman «de una sola pieza», o los que se componen de muy pocas; y yo diría que Florentino estaba hecho de todas las piezas habidas y por haber. Su concreción era indudablemente una intrincada y máxima complicación: como un teclado compuesto de muchas teclas, donde cada una resonara en la voz de las otras. Y ello hasta el punto de que, a su vez, tampoco podía faltarle a este sistema la virtud de la sencillez como algo al menos querido y limpiamente buscado.

Se comprende muy bien que en un temperamento tan complejo fuese muy honda la vocación de la simplicidad. Tenía que darse en él a la manera de un forzoso ideal de integración, como una exigencia ineludible de la unidad de un bosque de tantos árboles. A lo que también se ha de añadir el sobrenatural deseo del creyente que quiere simplificar —unificar— su vida, para no perderse por las ramas. Pero éstas no dejaban de existir. Quien se olvidase de alguna se exponía a que Florentino le saliera por los cerros de Úbeda, organizándole unos de aquellos «mítines» que

daba —expresamente anunciados con la enfática petición del uso de la palabra— y que tenían por fin dejar bien claro que sólo a medias se le había entendido.

Era precisamente en esos casos cuando más relucía su inimitable don de paradoja, su increíble talento para desconcertar y sorprender, haciendo gala de un evidente señorío en el género literario de las «enumeraciones caóticas», vivas como relámpagos y rebosantes de sinceridad. De ahí que para ver claro y hasta el fondo en el hombre, y en el artista, que en realidad él era, nada mejor que provocar a tiempo una de esas tormentas wagnerianas que iluminaban, si él no se daba cuenta del empeño, sus múltiples dimensiones. (Y digo que si no se daba cuenta, porque, si se la daba, el resultado de la maniobra solía ser un rotundo fracaso, compensado, eso sí, con el espectáculo de una de las sonrisas más irónicas que se puedan imaginar.)

Ahora bien, comoquiera que Florentino era consciente de su personal complejidad, no es de extrañar que se esforzara en ordenarla. Para esto ensayó varios procedimientos. El más conocido de ellos es, tal vez, el que mejor refleja su peculiar *Weltanschauung*, si bien la fórmula con que la intenta resumir no se la aplicara él a sí mismo de una manera explícita, sino en general al andaluz. Veámosla en este texto, donde nos habla de lo que él tenía por el rasgo fundamental de la visión andaluza del mundo:

En su jerarquía de valores típica, tal como el pueblo la vive, el primer lugar lo ocupa sin duda la belleza, y sólo después se presta atención —por este orden— al bien y a la verdad. Claro está que tal enumeración no representa el orden axiológico de las mentes cultivadas, sino el modo general de reaccionar instintivamente, según la capacidad psicológica popular de recibir los estímulos de la vida¹.

¹ *Pequeña teoría de Andalucía*, en *Paisajes de la tierra y del alma*, Madrid, 1972, p. 18.

Estas palabras son reveladoras, tanto por lo que dicen como por lo que callan. Pues no deja de ser muy sintomático que, mientras que expresan claramente la jerarquía axiológica popular o instintiva, nada en cambio nos manifiesten de la otra, la que no es ni instintiva ni popular, sino propia de las mentes cultivadas. ¿Es que por fuerza hay que sobrentender que la escala de valores de estas mentes sea por cierto la inversa a la primaria en todos los andaluces?

Sería mucho decir, y desde luego Florentino no lo dice. Todavía más: quienes íntimamente le trataron saben muy bien que nunca dejó de ser, a estos efectos, popular o instintivo, aunque claro es que en la medida —otra vez la complicación— en que ello es posible en un hombre culto.

«Yo no soy un intelectual», solía decir. No era una broma ni ningún «gesto» de humildad. Como broma habría sido bastante simple y no poco pedante, dada la presunción, en ella implícita, de que nadie podría tomarla en serio. Y no cabe que fuese un gesto de humildad, porque habría resultado demasiado «decorativo». Por consiguiente, lo que en serio y sin pretensiones de modestia quería dar a entender cuando decía que él no era un intelectual es que su personal escala de valores no se distinguía esencialmente de la del pueblo andaluz. Y en todo caso el coeficiente irónico



En las Conversaciones intelectuales de El Paular. Junio 1962.

estribaba en que esto indiscutiblemente era verdad, a pesar de ser él un hombre culto (y aun diré, si me apuran, que justamente por serlo según su propio estilo y condición).

De todas formas, y puesto que no era sólo un hombre culto, sino un investigador y un profesor universitario, hay que inferir que lo que él entendía por un intelectual consiste en un tipo de hombre para quien la verdad es el primero y más alto de los valores.

Incluso cabe que fuese la verdad, para él también, el primero de los valores, pero no en el sentido del más alto. Sin duda alguna, este puesto supremo se lo reservaba a la belleza, tanto la natural como la artística. Por lo que al bien se refiere, convendrá hacer algunas aclaraciones. En el texto que hemos leído ocupa el bien un decoroso lugar intermediario. A mi modo de ver, lo que esto en realidad quiere decir es que el valor del bien le era accesible a través de la mediación de su belleza. Por supuesto, ese bien es el bien moral. El de carácter meramente técnico y, en general, el bien utilitario —dentro del cual se ha de poner, claro está, el bien económico— era el último en la más débil acepción.

Para algunas mentalidades, siempre habrá, sin embargo, un cierto punto de escándalo en las «hipérbolas» que Florentino hacía sobre el lujo. Dejemos a los fariseos cumplir su oficio. Quienes no se sientan inclinados a rasgarse las vestiduras percibirán fácilmente que el sentido del lujo al que me refiero es la belleza propia del bien útil, es decir, un valor espiritual que el hombre crea, transfigurando las realidades materiales de las que se ha de servir. Y es evidente que quien quisiera acabar con este lujo estaría deseando la ruina de una ancha porción del arte, y desembocaría en la zafiedad.

Quedamos, pues, en que el lujo de que se trata resulta incompatible únicamente con la triste moral de quienes pretenden que el bien útil sea tan utilitario que en realidad no tenga ningún «ángel». Por lo demás, no hay que olvidarse tampoco del «grano de sal» polémico que añadía Florentino, para quien eran como una necesidad el reto a las actitudes puritanas y el sarcasmo ante la gazmoñería. Le faltó por completo la piedad para la ética que hace traición a la belleza.

No era un esteticista, sin embargo. Ni en el fondo ni en la apariencia. El esteticismo es un simplismo que no puede satisfacer a los hombres cabales. De ahí la insobornable intransigencia con que ante las «brillantes falsedades» (una expresión muy suya) se solía mantener, y tanto más cuanto más brillo tuviesen. En alguna ocasión, considera al esteticismo, expresamente, como una frivolidad. Así, en el siguiente texto (en el cual se recoge la metáfora de la «hiedra», que, en la simbología de Maeztu, va adherida a la «encina» del auténtico ser de España):



Con Antonio Millán Puelles y Enrique Gutiérrez Ríos. 19 octubre 1967.

Sólo aquellos que en su intimidad saben que son intelectualmente débiles pueden tambalearse ante la aparición más o menos magistral de algún tímido brote de la hiedra, que no puede deslumbrar más que a quienes dedican su vida a la frivolidad esteticista².

De modo que hay que decir, volviendo directamente a nuestro asunto, que la belleza era para Florentino la cúspide, siempre que la verdad fuera la base. (No hace falta aclarar con más detalles que no se trata aquí de la belleza de los puros productos de la creación poética o artística, respecto de los cuales, sin embargo, algún sentido tiene el postulado de una cierta *verosimilitud*.)

Inverso y complementario de esta exigencia suya de asentar en la verdad la belleza era el imperativo de pedirle belleza a la verdad, quiero decir, a todo cuanto hace falta para darle expresión. De hecho, le era imposible a Florentino aceptar las verdades desprovistas de un mínimo decoro estético en su forma; y aun llegaba a afirmar que prefería tenerlas por falsedades. El prestigio estético de la doctrina era para él un deber, e incluso tan importante y exigente como el cuidado de la exactitud y del rigor.

² *Afirmación del optimismo*, «Arriba», 3 de mayo de 1949, en *Ambiciones españolas*, Madrid, 1953, p. 23.

Tal vez esto parezca —algunas veces a mí me lo parecía— una esteticista desmesura. Y puede que hasta lo fuera. Pero la realizaba de tal modo que no cabía reprochársela. En todo caso, hay que reconocer que tenía alguna razón cuando afirmaba que «además de no contestar las cartas, los católicos se empeñan en escribir una literatura "agarbanzada" o presentada impresentablemente». (Sobre esto de la «presentación», añadiré que una de las manías de Florentino era la corrección de las pruebas de imprenta, no sólo de sus escritos, sino, si podía, de los ajenos, disculpándose de este intervencionismo con la elegante excusa de que su auténtica vocación profesional era, en el fondo, la de «secretario particular» de los autores.)

¿Cómo entender que este hombre tuviese tanta afición a la política activa?

No creo suficiente el argumento de que para él la política, sobre todo la «cultural», fuese en resolución una manera de llevar a la práctica un sistema de ideas sobre la vida civil. En mi opinión, esto es sólo —reconociéndole su decisivo valor— una parte de la verdad. La otra parte es, sencillamente, que le encantaba el *juego* de la política.

Me explicaré. Naturalmente, esta forma lúdica o deportiva, sin dejar de ser seria, de realizar los menesteres del político, no se dio en él perfecta en los co-

mienzos. Ni tampoco quiero decir que descartase el apasionamiento en su etapa final. Para no apasionarse con un juego es menester jugarlo sin interés (se sobrentiende, sin interés de ganarlo), y ello sólo es posible, si es que tal cosa cabe, a título ocasional o como mera excepción, no como un hábito y norma.

Pero también quien juega ha de saber perder. Yo tengo para mí que Florentino no alcanzó en la política el rango que sus cualidades merecían. Y me parece que él lo sabía también, sin que se lo encubriera algún asomo de empachosa inmodestia. Ello no obstante, siguió jugando el juego hasta el final, con toda la devoción de un *amateur* y la fina experiencia de los buenos profesionales.

Con todo, la última clave de su gusto por la política creo yo que estaba en el hecho de haber encontrado en ella una óptima forma de ejercer su innata capacidad para el cultivo de las relaciones humanas. Los frecuentes cambios y tensiones de la vida política, incluso en las situaciones más estabilizadas, son sumamente propicios para esos vaivenes entre el acercamiento y la distancia que la relación de hombre a hombre, cuando no es de mero protocolo, suele llevar consigo. Los verdaderos políticos «riñen» y «se reconcilian» entre sí, no sólo por mera táctica, sino también y sobre todo porque no se son indiferentes. Por lo demás, los políticos que se sustraen por completo a estas oscilaciones, más que políticos son simples doctrinarios, cuando no unos puros energúmenos.

Todo ello, claro está, sobre la base de que por política se entienda, no una guerra civil, sino un verdadero diálogo entre todas las opiniones compatibles con la primacía del bien común, que por supuesto incluye la libertad. Y así no es de extrañar que Florentino progresara realmente en su amor por la libertad en la misma medida en que crecía en su aprecio del orden. Cada vez iba siendo más decidido «partidario de los dos», si bien su evolución puede cifrarse en haber pasado desde el lema de «la libertad dentro del orden» hasta el del «orden dentro de la libertad».

Justamente por ello, conforme ganaba en años, insistía más en la necesidad de distinguir entre la virtud de la firmeza y el vicio del fanatismo. Seguramente, el haber visto tan clara esta diferencia fue el resultado, por maduración, de algo que en otro plano tuvo siempre presente: que una cosa es la recia fe del ortodoxo y otra —la llamaré tal como él solía hacerlo— «el pozo de la ortodoxia».

Finalmente, pienso que este diseño de la personalidad de Florentino quedaría incompleto si no recogiese aquí otro de los matices del pozo de la ortodoxia: el que le hacía imposible estar de acuerdo con quienes se sirven de la fe como de un expediente para librarse



En el Palacio del Marqués de Dos Aguas. Otoño 1968.

de la aventura de pensar. Unos meses antes de morir dejó escritas estas palabras:

No es preciso explicar, a través de suaves heterodoxias, el amor de los sabios a la ciencia humana, ni la actitud de comprensión en los católicos de mentalidad abierta. No son más católicos los integristas cerrados que quienes creen en la libertad del espíritu y la practican. Ambos viven y aman la integridad de la fe, con modalidades diferentes, que nada dicen de niveles de ortodoxia, sino de horizontes mentales³.

Así pues, sin declarar tampoco heterodoxos a los católicos de estrecha mentalidad —cada uno tiene la que Dios le ha dado—, Florentino se alineó con los

³ Arias Montano, *un símbolo*, «A B C», Madrid, 27 de marzo de 1974.



Cádiz, 8 abril 1964.

abiertos, tanto a la integridad o plenitud de la fe como a todas las posibilidades positivas de la vida del hombre. Yo creo que a esta actitud cabría llamarla un «integrismo integral», puesto que lo íntegro es realmente lo que lo abarca todo. Pero andan hoy tan locas las palabras, que no me decido a usar esa expresión. Y estoy seguro de que a Florentino le habrían parecido bien tanto mi filológico argumento como la prudente decisión de no hacerme ilusiones sobre su resultado. Me imagino que me diría: «Todo eso de las etimologías

está muy bien, pero hoy para la gente un integrista no es más que un hombre cerrado, que se cree en posesión de la integridad de la verdad. De manera que déjate de integristas, por muy filológicos que sean, porque te van a tomar el rábano por las hojas.»

No cabe duda de que Florentino era un hombre «concreto». Estaba en la realidad. Pero yo pienso que ello le era posible porque sabía tomarla *íntegramente*. Y conste que esta vez no estoy dispuesto —perdóname, Florentino— a retirar la expresión.